

PIO XII Y LA INFORMACION

(Prensa, radio, cine y televisión)

Pío XII ha pulsado, como nadie, los problemas de su época, que es la nuestra. Fué su tarea traducir en lenguaje moderno el permanente mensaje del Evangelio. Su finura de percepción le hizo escuchar en cada momento el latido del mundo. Nada para él fué extraño y entre los inventos y la técnica se desenvolvía familiarmente. No es de admirar que ante el fenómeno de los medios de información la actitud de Pío XII haya sido, ante todo, positiva, con una peculiar manera de comprenderla dando las normas de conducta y avisando de los peligros que el uso, mejor aún, el abuso que tales medios pueden llevar consigo.

I.—LA PRENSA

Cuando la historia se hace civilización, el hombre sintió la necesidad intransferible de expresar sus sentimientos, sus perspectivas ante los aconteceres de la realidad circundante. Las tabletas de arcilla asirias, la escritura jeroglífica y pictográfica, los grabados en bronce y pergamino, la imprenta, son los jalones de esta superación histórica del hombre.

La Iglesia no podía permanecer al margen de esta necesidad humana. Debía integrarla, asimilarla, «bautizarla». Y lo hizo. Las tardías lamentaciones por una culpable y cómoda actitud ante el cine, la radio y la televisión, no pueden extenderse a la prensa. En su historia cuenta la Iglesia con «hombres verdaderamente grandes, honor y gloria del periodismo y de la prensa católica de los tiempos modernos» (1).

(1) *Discurso al Congreso Internacional de periodistas católicos*, 2-VI-50, en *Anuario Petrus. La voz del Papa Pío XII*. Introducción, colección, distribución e índices por el M. I. Dr. D. Vicente Nolla y Gálí canónigo de la S. I. C. M. y P. de Tarragona. Ed. Atlántica, S. A., Barcelona, 1948 y ss., (Vol. IV, p. 36. En adelante citaremos indicando únicamente volumen y página.

En esta breve consideración de la postura de uno de los Pontífices más grandes, ante la prensa, nuestro quehacer se reduce a reunir textos de Pío XII para atestiguar fielmente su pensamiento, su modo de estar ante uno de los más importantes métodos de apostolado moderno.

1.—*La Prensa, medio de apostolado.*

«Y no es menos útil la difusión de la buena prensa. No creemos, sin embargo, necesario detenernos mucho en este tema, puesto que a todos es conocido cuán grande sea la influencia de la prensa diaria y periódica, tanto para aolarar convenientemente la verdad e inculcar en los ánimos la virtud cristiana, como para descubrir los errores que se presentan bajo las apariencias de verdad, lo mismo que para refutar los principios antirreligiosos y antisociales» (2).

Este texto de la «*Evangelii praecones*» expresa claramente, limpiamente, la actitud de Pío XII ante la prensa. La prensa, clarificadora e inculcadora de la verdad y del bien, defensa y valladar ante los errores antirreligiosos y sociales. «Pero pueden también encontrar allí [en los periódicos], gracias a Dios la defensa de la justicia, la apología de la virtud, la invitación a la comprensión y a la colaboración mutuas, el amor recíproco, sobre los que únicamente podrán construir sólidamente los hombres la sociedad del futuro» (3).

Pío XII sigue fiel a la ruta trazada ya por su predecesor S. Pío X con aquellas célebres palabras: «En vano construiréis iglesias si no disponéis de una prensa católica viva y fuerte». La prensa—medio de apostolado—es tanto o más importante que la construcción de iglesias, que la catequesis, porque ella es la catequesis universal, el recinto del espíritu del hombre contemporáneo. Este hombre, que ya al despertar se alimenta intelectualmente con el periódico, la revista, la hoja de propaganda, con esas «grandes cantidades de papel que devoran mañana y tarde los ojos de cientos de millones de hombres en toda la faz de la tierra» (4). Este es un problema trascendental, de urgente solución. Y Pío XII, exacto y preciso, se la da, otorgándola la nobleza y la altura de un método de apostolado. «La prensa se ha convertido en una potencia soberana. A ella corresponde la gran misión de ser escuela de las virtudes cívicas y de la fe».

(2) Enc. *Evangelii Praecones*, 2-VI-51 (V, 89).

(3) *A la Asamblea General Europea de industrias del fieltro*, 28-X-53 (VII, 174)

(4) *Ib.*

2.—*La Prensa y su función social.*

Estamos viviendo un período de confusionismo en torno a la función social de la prensa. En su discurso al Congreso Internacional de Periodistas Católicos Pío XII marca el rumbo. Primariamente ensalza el valor y la necesidad de la prensa como factor que contribuye a la formación y difusión de la opinión pública. Pero, ¿qué es la opinión pública?

«La opinión pública es, en efecto, el patrimonio de toda sociedad normal compuesta de hombres que, conscientes de su conducta personal y social, están íntimamente ligados con la comunidad de la que forman parte» (5). Es algo ínsito en la naturaleza del hombre. Es la «resonancia común, más o menos espontánea, de los hechos y de las circunstancias en el espíritu y en los juicios de las personas que se sienten responsables y estrechamente ligadas a la suerte de su comunidad» (6). No debe ser una impresión ficticia y superficial, sino el eco natural despertado espontáneamente por los hechos, por los sucesos, en la conciencia de los individuos. Y allí donde se registre su inexistencia debemos ver una dolencia de la vida social, una falta en los hombres de esa sociedad de las premisas interiores y trascendentes, absolutamente necesarias para que el hombre siga conservando su auténtica personalidad. Por eso la Iglesia no puede aceptar el despotismo del Estado sobre la prensa, porque el eco despertado por las actuaciones estatales sería una ficción, esa «dolencia» de que habla Pío XII.

«Dejamos aparte, evidentemente, el caso en que la opinión pública se calla en un mundo de donde aun la justa libertad está desterrada y donde sólo la opinión de los partidos en el Poder, la opinión de los jefes o de los dictadores está autorizada a dejar oír su voz. Ahogar la de los ciudadanos, reducirla a un silencio forzado, es, a los ojos de todo cristiano, un atentado contra el derecho natural del hombre, una violación del orden del mundo, tal como ha sido establecido por Dios» (7).

Tan importante es para el Papa el libre ejercicio de la opinión pública, que llega a afirmar que si la Iglesia estuviese falta de ella «le faltaría algo a su vida». La Iglesia necesita opinión pública, como

(5) *Al Congreso Internacional de periodistas católicos*, 18-II-50 (IV, 53).

(6) *Ib.*

(7) *Ib.*

garantía de que en el porvenir serán respetados sus derechos, aunque cambien los gobernantes. La defensa de la Iglesia está en la conciencia de los católicos. Pero si éstos se ven privados, voluntaria o forzosamente, de este «patrimonio de toda sociedad normal», la Iglesia se encontrará desamparada ante los ataques de un posible régimen perseguidor.

Aquí surge un escollo. La prensa puede considerarse creadora de esta opinión. Pío XII sale valientemente al paso: el periodista se guardará siempre de hacer la opinión; más bien ambicionará servirla (8). La opinión es la respuesta natural y personal de los hombres ante los acontecimientos de su realidad. Los hombres son los que crean esta opinión, el papel de la prensa es subsidiario: iluminarla, esclarecerla, servirla y liberarla de los juicios preconcebidos y de la corriente dominante de las ideas.

A. *El periodista, al servicio de esta opinión.*

Esta delicada tarea supone y exige miembros que la realicen. «¿Se atrevería alguien a decir con seguridad que la mayoría de los hombres son aptos para juzgar, para apreciar los hechos y las corrientes en su verdadero peso, de suerte que la opinión sea guiada por la razón? He ahí, sin embargo, una condición *sine qua non* para que sea válida y sana» (9).

Así aparece el personaje clave de la prensa, que condensa en sí todo lo que ésta significa y necesita en el mundo de hoy. Es el que debe edificar el muro sobre el cual choquen los sucesos reflejándose con un eco espontáneo, que es la opinión pública. Muchas veces él es el creador de esta opinión. Él es la prensa.

Pío XII señala el ideal del periodista: «Hombres dignos de este nombre. Hombres marcados con el sello de una verdadera personalidad y capaces de hacer posible la vida interior de la sociedad. Hombres que sepan contemplar a Dios, al mundo y a todos los sucesos, grandes o pequeños, que en él se suceden, a la luz de los principios fundamentales de la vida, a la luz de sus fuertes convicciones» (10). «Sin duda estos hombres los hay todavía, aunque por desgracia poco numerosos y cada vez más raros, a medida que van

(8) Cf. *Ib.*, p. 35.

(9) *Ib.*, p. 34.

(10) *Ib.*

siendo sustituidos por personas escépticas, aburridas, indiferentes, sin consistencia ni carácter, cómodamente maniobrados por algunos corifeos» (11).

Desgraciadamente somos testigos de esta dolorosa realidad. El periodista moderno reclama, exige independencia. Las más de las veces es la máscara adecuada para encubrir personalidades inconsistentes, impersonales, para proteger debilidad de espíritu, para ocultar su condición de marionetas, hábilmente manejadas por partidos políticos, por empresas, por filosofías baratas que proclaman el enseñoreamiento del instinto y la pasión, que exaltan los valores vitales.

Y para colmo de males, «los hombres a quienes debería tocar el encargo de esclarecer y guiar la opinión pública se ven frecuentemente, los unos por su mala voluntad o por su insuficiencia, los otros por imposibilidad o por presión, en mala postura para dedicarse a ello con libertad y con éxito» (12). Claramente Pío XII denuncia dos defectos de nuestro ser de católicos: 1) Mala voluntad ante estos medios, o lo que llamaríamos más exactamente *cerrilismo*. Ese tradicionalismo tonto que nos mueve a despreciar estos medios de apostolado porque tal o cual escuela de espiritualidad parece prohibirlos. Y si intentáramos examinar el último «por qué» de esta postura, nos encontraríamos, al fondo de la cuestión, con un fariseísmo, una soberbia sin control. 2) La imposibilidad de muchos para el buen uso de este medio de apostolado. Imposibilidad que es efecto de falta de preparación, de iniciación.

Pío XII enumera exhaustivamente las cualidades que deben adornar a todo buen periodista, y mucho más al periodista católico.

1) La fundamental e indispensable es *el carácter*, «es decir, sencillamente el amor profundo e inalterable respeto del orden divino, que abraza y anima todos los dominios de la vida»; amor y respeto que «debe cultivar en el [corazón] de sus lectores» (13). Este amor en unos casos reavivará sentimientos dormidos en el fondo de las conciencias de sus lectores; en otros, destruirá prejuicios tradicionales con su amplitud de miras.

2) Exige [el oficio de periodista] un alto grado de independencia espiritual y de fortaleza moral» (14).

(11) *Ib.*

(12) *Ib.*

(13) *Ib.*, p. 35.

(14) *Saludo a unos grupos de periodistas austriacos*, 23-IV-53 (VII, 57).

3) Debe tener presente que «no hay un *tempus veri* y *tempus falsi*» (15), aunque haya un *tempus loquendi* y un *tempus tacendi*.

4) «Renuncie de buena gana a los vanos provechos de un interés vulgar o de una popularidad de mala ley. Sepa mantenerse con enérgica y altiva dignidad inaccesible a todos los intentos directos o indirectos de corrupción» (16).

5) «Tenga el valor, aunque sea al precio de sacrificios pecuniarios, de proscribir implacablemente de sus columnas todo anuncio, toda publicidad injuriosa para la fe o la honestidad» (17).

6) No debe olvidar que «la conspiración del silencio puede también ofender gravemente la verdad y la justicia» (18).

7) «Sean ustedes honrados y veraces, sin sucumbir a los atractivos del sensacionalismo y el apasionamiento del partido. Concedan reconocimiento allí donde se realice trabajo objetivo y pregúntense siempre si su crítica, sus proposiciones, sus escritos y planes han de redundar en beneficio del conjunto, de todo el Estado, de todo el pueblo» (19).

8) Deben tratar las cuestiones de Fe y de moralidad y todos los demás valores superiores con el debido respeto (20).

9) Y para terminar, señala los factores culturales que deben adornar al periodista. «Esta delicada tarea supone en los miembros de la prensa católica competencia, cultura general (sobre todo en Filosofía y Teología), cualidades de estilo y tacto psicológico» (21).

El programa trazado por Pío XII a lo largo de su pontificado sobre la prensa y el periodista es lúcido y magistral. ¡Pero la realidad se queda tan abajo! Siempre será un gran aliciente esa tendencia al ideal que se está formando en gran parte de los periodistas católicos jóvenes. Quiera Dios que podamos contar algún día con una prensa profundamente católica, que sepa contemplar el mundo a la vista de Dios. «Dígnese el Señor, que concede y ama la paz, *auctor pacis et amator*, como dice la Iglesia, daros a todos luz, energía y constancia para ser cada día más valerosos heraldos de la verdad,

(15) *A los corresponsales de la Prensa extranjera en Roma*, 12-V-53 (VII, 64).

(16) *Al Congreso Internacional de periodistas católicos*, 18-II-50 (IV, 34).

(17) *Ib.*

(18) *A los corresponsales de la Prensa extranjera en Roma*, 12-V-53 (VII, 64).

(19) *Saludo a unos grupos de periodistas austriacos*, 23-IV-53 (VII, 57).

(20) *Cf. Ib.*

(21) *Al Congreso Internacional de periodistas católicos*, 18-II-50 (IV, 35).

defensores intrépidos del derecho, prudentes vanguardistas de una verdadera paz» (22).

4.—*Peligros de una mala prensa.*

Pío XII ha expuesto pocas veces por separado los peligros de una mala prensa. Son evidentes y están ante nosotros. Sin embargo, muchas veces, al hablar de los diversos métodos de apostolado, de la corrupción de la juventud, de la falta de paz en el mundo, culpa a la mala prensa. «Cuando se piensa, por una parte, en las nauseabundas crudezas y desvergüenzas que se muestran en los periódicos, en las revistas, en la pantalla y en los escenarios y, por otra parte, en la inconcebible aberración de los padres que van con los hijos a deleitarse en semejantes horrores, el rubor sale a las mejillas llenas de vergüenza y de desdén» (23).

«Demasiadas veces la prensa vitupera sin delicadeza el sentimiento religioso, y mientras tanto no vacila en divulgar las más torpes obscenidades, excitando y atrayendo al vicio con incalculable daño a la tierna niñez y a la juventud inexperta» (24).

Pero el peligro inmensamente mayor es de tipo psicológico. Los hombres de hoy no piensan ante los acontecimientos, no toman actitudes ante la vida. Estas actitudes generalmente se las da ya el periódico, la revista. Toda su vida intelectual, toda su visión de los sucesos, están dirigidas por un complicado mecanismo de propaganda y de divulgación, frecuentemente falto de sentido humano y cristiano.

II.—PIO XII Y LA RADIODIFUSION

Por lo que respecta a la radio, nos encontramos también, ante todo, con una actitud positiva; la radio es un don precioso del Señor (25). El 12 de Abril de 1953 decía, en su radiomensaje, a los fieles colombianos: «Se nos pide la palabra que sirva para inaugurar vuestras instalaciones; y ¿cómo podríamos negarla Nos, tratándose de la radio?» (26). Pío XII amó efectivamente este gran medio de

(22) *A los corresponsales de la Prensa extranjera en Roma*, 12-V-53 (VII, 64).

(23) *A los Predicadores cuaresmales de Roma*, 23-III-49 (III, 49).

(24) *Enc. Anni Sacri*, 12-III-50 (IV, 46).

(25) *Radiomensaje a los fieles colombianos en la inauguración de la Radio católica de Sutatensa*, 12-IV-53 (VII, 45).

(26) *Ib.*

apostolado moderno, el principal por su alcance y eficacia de las «tres gracias de la información». Se dió perfecta cuenta de que «el invento de la radio suministra y ofrece nuevas ayudas y nuevas fuerzas para conseguir con más extensión y facilidad lo que Jesucristo mandó a los apóstoles y a los que en su lugar les sucedieron: *Predicad el Evangelio a toda criatura*. ¿Por qué la Iglesia, para cumplir con su deber con más facilidad no ha de usar de esta poderosísima ayuda, tanto más que por haber sido recibida de Dios puede contribuir mejor que otra alguna al bien de cada uno de los ciudadanos, de la familia y también de la sociedad civil?» (27).

Porque la radio ha surgido en el mundo actual con un vigor y una pujanza tal que supera a cualquier otro medio de penetración social en extensión y eficacia: «No solamente hay que propagar el Evangelio del Redentor por los medios que ordinariamente se han acostumbrado y que ciertamente son necesarios, sino que hay que echar mano de los recursos modernos, si es que queremos, como no podemos menos de desear todos, que el Reino de Cristo cada día prospere y triunfe finalmente en todas partes» (28), y que «la voz de Jesucristo, con su suave atracción, resuene por medio de sus ministros llevando la salvación» (29). Más aún, el corazón del Papa se esponjaba gozoso en la inauguración de las nuevas instalaciones de Radio Vaticana, puesto que la nueva emisora «permite comunicar nuestra voz a todo el mundo» (30) y «de esta suerte, los miembros del cuerpo Místico de Jesucristo, cuya Cabeza es el Redentor Divino, se unen entre sí por nuevos vínculos» (31). La radio ha de estar «al servicio de la verdad, de la moral, de la justicia y del amor» (32). Si de ella usamos mal será lesionando su propia naturaleza; y la llamada «libertad de expresión», un atentado a la propia libertad del hombre; por ello «la Iglesia, que apoya y protege el desarrollo de todos los verdaderos valores espirituales..., no puede permitir que se atente contra los valores que ordenan al hombre hacia Dios, su último fin» (33). Merecen su condena los que de ella hacen mal uso, ya que «tan sólo los obstinadamente perversos pueden hacer a la radio cauce

(27) *Mensaje en la inauguración de las nuevas instalaciones de Radio Vaticano*, en *Ecclesia*, N.º 851, p. 1241 (2-XI-1957).

(28) *Ib.*, p. 1242.

(29) *Ib.*

(30) *Ib.*

(31) *Ib.*

(32) *Radiomensaje a los fieles colombianos...*, 12-IV-53 (VII, 45).

(33) *Enc. Miranda prorsus*, 8-IX-57 (XI, 139).

para el error» (34). Y no duda en afirmar que «la responsabilidad del criminal, que hace de la radio un instrumento de corrupción intelectual o moral, no plantea un problema: pide solamente una condena» (35).

Por su alcance, trascendencia y misión, la radio, junto con el cine y la televisión, recibió de nuestro gran Pontífice el espaldarazo de una Encíclica, puesto que estos medios de difusión, alimento diario de la mente para millones de personas (36), son, de entre los medios técnicos, los que «miran más de cerca a la vida del espíritu» (37). Por su trascendencia e interés—toda vez que su simple lectura es un verdadero programa de acción—haremos, comentando sus palabras, un pequeño esquema del pensamiento de Pío XII en este aspecto de la difusión.

1.—*La radio y el mundo actual.*

Entre los motivos de esta Encíclica encontramos «la gravedad de los problemas» que estos medios presentan a la conciencia cristiana, la necesidad de incorporar estos «verdaderos dones de Dios» al acervo de su gloria a fin de que «sirvan prácticamente para la dilatación del reino de Dios en la tierra» (38). A su lado coloca su propio y personal interés y el frecuente uso de los mismos que «le ofrecen la posibilidad de perfeccionar la unión espiritual entre el rebaño y su Pastor» (39) y de que su voz sea oída en todos los rincones de la tierra.

Reconoce cómo, aun no siendo vanos los desvelos de la Iglesia, junto a resultados halagüeños se unen las incomprendiones e intereses bastardos de los que han tergiversado su auténtica finalidad. «Si la actitud de estas personas nos llena el alma de amargura, no podemos, sin embargo, faltar a nuestra misión y desviarnos del cumplimiento de nuestro deber en esperanza de que también se nos conceda el reconocimiento dado a Jesús por sus enemigos» (40).

No se puede permanecer indiferente, sentado en nuestro cómodo rincón, mientras el ruido de la calle nos llega atenuado por los muros

(34) *Radiomensaje a los oyentes de la emisión inglesa "Hora Católica" en su 25.º aniversario*, 4-XII-55 (IX, 153).

(35) *Mensaje a la Sociedad Suiza de Radiodifusión*, 23-IV-48 (II, 55).

(36) *Enc. Miranda prorsus*, 8-IX-57 (XI, 136-137).

(37) *Ib.*

(38) *Ib.*

(39) *Ib.*

(40) *Ib.*, p. 138.

de nuestro refugio. El supremo mandato de Jesucristo obliga a la Iglesia a *difundir* su palabra por todos los medios y ninguno otro como éste en que «no hay más que prestar la voz y el oído a la sensible membrana del micrófono y hablar en voz alta para hacer posible que las mentes humanas realmente se encuentren y los humanos corazones latan al unísono» (41). Sin embargo, la naturaleza viciada del hombre que se afana en tergiversar fines, puede hacer que las «grandes ventajas» se conviertan también en «tremendos peligros». Para salvar éstos y reforzar aquéllas eleva su palabra Pío XII en esta doble faceta: marcar rectas ejecutorias morales y señalar los peligros graves que encierra.

2.—*Misión de la radio.*

Ante todo reconoce cómo la radio responde a una exigencia natural del hombre: «oír la voz humana y seguir acontecimientos lejanos... participando a distancia de las manifestaciones más variadas de la vida social y cultural, son cosas que responden a un profundo deseo humano» (42).

Toda nuestra sed insaciable de convivencia palpita de anhelo al oír la palabra, nuestro afán de verdad encuentra en este medio «una misteriosa ventana sobre el ancho mundo» (43).

«¡Qué privilegio y qué responsabilidad!» (44). Porque la radio, con su dinamismo y su rapidez, vive nuestra actualidad y a través de ella la voz de la «gente» nos llega íntima e insinuante.

Más aún, la radio no cumplirá su finalidad si deja de ser educadora, informadora y espectáculo. No puede sustituir a la escuela, pero la complementa, instruyendo al mismo tiempo que deleita. Es un «arma del espíritu» que debe ser portadora «de la verdad y del bien», sirviendo una información veraz y caritativa. Conocedor, como nadie, de todas las intimidades humanas, sabe Pío XII que «la obra sola de la educación no es suficiente. Se necesita que los espectáculos sean proporcionados al grado de desarrollo intelectual, emotivo y moral de cada una de las edades» (45), pues no hemos de olvidar que la radio

(41) *Radiomensaje a los oyentes de la emisión inglesa "Hora Católica"*, 4-XII-55 (IX, 153).

(42) Enc. *Miranda prorsus*, 8-IX-57 (XI, 145).

(43) *Ib.*

(44) *Ib.*

(45) *Ib.*, p. 141.

es el espectáculo de la gente sencilla, el único que en muchos casos oye y le distrae.

3.—Valores morales en la radio.

Y porque penetra «hasta el recinto de la propia casa» (46), porque es un personaje más dentro de la intimidad del hogar que puede formar o ser dañino, hay que permanecer vigilantes. Se imponen unas normas y deberes de «quien escucha la radio», en la selección de programas, obediencia a la jerarquía, así como «llevar al conocimiento de los responsables... sus legítimos deseos y justas objeciones» (47). «Colaborar—prosigue la Encíclica—a que se forme una opinión pública ilustrada» (48). Como ante el peligro de la radio no caben más que dos actitudes: o cerrar la radio o mejorarla, he aquí otro aspecto y obligación del radioescucha: «apoyar las buenas transmisiones» (49) para que este «don de Dios» sea instrumento eficaz en las manos del hombre.

Ahora bien—prosigue Pío XII—, «¿cómo podrán los fieles, y sobre todo los que conocen las ventajas de la radio por una experiencia diaria, no mostrarse generosos favoreciendo tales programas?» (50) Es a los profesionales de la radio a los que dice: «la circulación... de las ondas exige una «reglamentación» de su uso..., una disciplina» (51). Aun con todas las dificultades y peligros son ellos los que deben esforzarse «para poner, en cuanto sea posible, el mundo de acuerdo... Lo que debe sostenerse es la convicción sólidamente fundada, de servir a la causa de la humanidad, de los individuos, de las naciones; a la causa de la civilización, de la unión, de la paz» (52). Ideal altísimo y colaborador de la Gracia en la construcción de un mundo mejor. Y si el hombre tiene derecho a ser informado y cuando se plantee el problema de ciertas cuestiones útiles y «legítimamente interesantes desde el punto de vista literario o artístico, psicológico, moral y social» (53) en cuyos pliegues pueda agazaparse el peligro

(46) *Ib.*

(47) *Ib.*, p. 145.

(48) *Ib.*

(49) *Ib.*

(50) *Ib.*, p. 146.

(51) A los delegados de la Conferencia Internacional de Radiodifusión en altas frecuencias, 5-V-50 (IV, 62).

(52) *Ib.*

(53) *Mensaje a la Sociedad Suiza de Radiodifusión*, 23-IV-48 (II, 56).

de escándalo para los sencillos y débiles, «de toca al locutor procurar en el contexto de lo que ha de decir, esa delicadeza, esa nobleza de expresión que le permita ser entendido por los mayores sin despertar la imaginación o impresionar la sensibilidad de los pequeños» (54).

4.—*El católico y la radio.*

Pero hacer de la radio un instrumento sólo para el bien, no se conseguirá sino fomentando los «programas católicos en la radio». Para esto, no pueden bastarse los seculares solos; es labor de conjunto en la que se hace indispensable, como en tantos campos, la presencia del sacerdote. Se complace el Santo Padre de que sean «muy numerosos los eclesiásticos y seculares que han tomado la iniciativa en este campo» (55), y así, «considerando atentamente las posibilidades que ofrece la radio» (56), pide, de manera especial a los obispos, sacerdotes y religiosos, «que incrementéis y perfeccionéis cada vez más las transmisiones religiosas, según las necesidades y posibilidades locales» (57).

No ha de olvidarse que la radiodifusión «exige un verdadero arte» (58), el cual ciertamente no puede improvisar el celo ni la buena voluntad. «De aquí que sea indispensable preparar cuidadosamente a los sacerdotes y seculares destinados a tan importante actividad» (59).

El sacerdote, ante el fenómeno de la radio, debe adoptar, también, una actitud positiva considerando la importancia de su personal intervención, para «favorecer y utilizar las técnicas de la difusión» (60). Y puesto que el sacerdote «debe conocer los problemas que la radio plantea a las almas», no debe estar ausente de todo lo que «da ciencia, el arte y la técnica moderna afirma», «debe saber servirse de ellas» y hasta en su uso personal dar norma de ejemplo y de «sentido de responsabilidad» (61).

No puede menos Su Santidad de dirigir «una palabra de aliento» a la labor callada y muchas veces difícil de las «estaciones radiofónicas católicas», recomendándolas no olviden que, unidas—requisito

(54) *Ib.*

(55) *Enc. Miranda prorsus*, 8-IX-57 (XI, 146).

(56) *Ib.*

(57) *Ib.*

(58) *Ib.*

(59) *Ib.*

(60) *Ib.*, p. 148.

(61) *Ib.*

básico—, deben perseguir con ahinco su hacer en esta gran obra apostólica.

Dirigiendo todo a Dios, rectificando los caminos torcidos, ofreciendo lo mejor en la verdad, en la bondad y en la belleza, puesto que para la radio «sólo lo mejor es bastante bueno» (62), Pío XII confía en el nacimiento «de un espíritu de apostolado en un campo tan rico de promesas» (63).

III.—CINE

Para intentar trazar la trayectoria del pensamiento de Pío XII aplicado al cine, hay que dejar sentadas dos características, universalmente reconocidas en él. Una es su mirada *amplia*, su prodigioso entendimiento, *abierto* al menor movimiento religioso, científico o cultural, en que se dieran cita grupos más o menos credidos. Esto explica muchas cosas. Nos explica, por ejemplo, esa palabra exactamente propia y sugestiva—su palabra—con la que se dirige a cada categoría social, a cada individuo. Y esto en todos los ramos del saber, de la acción y de la vida.

Y su acción *positiva*. Es la otra dominante de su pensamiento y el fruto maduro de su experiencia de la vida y las cosas. Destruir censurando es lo más fácil en la lucha contra el mal; edificar positivamente, decir «no así... sino de esta forma», establecer normas y principios firmes, es más complicado y comprometedor. Y a esto precisamente se ha dedicado Pío XII.

1.—*Interés por el cine.*

El cine es un fenómeno con múltiples facetas o con diversas repercusiones: sociales, científicas, culturales, económicas, religiosas. Fenómeno que Pío XII califica de «por demás nuevo y asombroso». El mundo del celuloide ha creado en torno a sí multitud de grupos que *viven* expectantes de sus vaivenes. De estos grupos y subgrupos se origina el problema de los que *hacen* cine. Problema importantísimo, de cuya solución depende un segundo problema: el de los que *ven* cine; otro mundo hacia el que con más solícita inquietud, por ser el más expuesto, miró Pío XII, sobre el que con mayor razón

(62) *A los Miembros de la Orquesta de la Radio bávara*, 12-XI-51 (V, 189-190).

(63) *Enc. Miranda prorsus*, 8-IX-57 (XI, 148).

podrán recaer las peores consecuencias de un mal uso de este medio. Y positivamente sabemos que hay cine francamente malo, destructor y corrosivo. Hay que partir—como lo ha hecho el Papa—de que el cine es hoy alimento espiritual, intelectual, de grandes masas que se cuenta por miles de millones; de que la pantalla produce un impacto en el espectador que no sólo alcanza un superficial estilo de vida, sino una constante en su modo de ser; de que del cine se extraen ideas y no sólo modas. Si consideramos, finalmente, la vida automática y despersonalizada de incontables jóvenes, presos en las mallas fantásticas de este arte, entonces el problema del cine alcanza proporciones insospechadas.

Por otra parte al fenómeno cine, hoy por hoy, no se le puede destruir de un plumazo; ni se le puede, como a enemigo inofensivo, desconsiderar o dejar en olvido.

De todo ello tenía plena conciencia Pío XII. Se encontró con un Séptimo Arte maduro ya, enseñoreado de la masa, y sabía que este veneno era imposible arrancárselo. Su intención fué sustituirlo por otro cine. El cine es primordial y principalísimamente una obra de arte. Vencer, pues, al enemigo con sus mismas armas, en su mismo campo. Producir buen cine, que sea, además de bueno, arte: he aquí la norma suprema de este intento.

Pero también, algo eficiente, en orden a este problema, será la *educación* del espectador. Para eso: *cine-forums*, libros, clases, críticas... conseguir un espectador que vea cine *activamente*, con ojos críticos, inteligentes, sin dejarse arrastrar, seducir. Sin despersonalizarse ante el film en los momentos en que más necesitado está de su personalidad. Este aspecto lo ha destacado Pío XII.

El cine, finalmente como arma de apostolado, como medio de evangelización: mandato supremo que la Iglesia ha recibido de Cristo.

Estas son las etapas que recorre el pensamiento de Pío XII con respecto al cine. Podrá parecer a alguien excesiva la importancia concedida por el Papa a este medio, de suyo no inmediatamente pertinente a él. Oigamos cómo se expresa él mismo a este respecto—28 de Octubre de 1955—en discurso al «Mundo cinematográfico»:

«Ciertamente, el cine, siendo por su naturaleza arte y descanso, parece que debería quedar confinado como a las márgenes de la vida, dirigido, entiéndase bien, por las comunes leyes que regulan las ordinarias actividades humanas; pero como de hecho se ha convertido

para la presente generación en un problema espiritual y moral de inmenso alcance, no puede ser descuidado por quienes se preocupan por la suerte de la parte mejor del hombre y de su porvenir. Sobre todo no lo puede descuidar la Iglesia y sus pastores, a cuya vigilancia no debe sustraerse cuestión alguna moral» (64).

Tratemos de desarrollar más y puntualizar ligeramente su pensamiento.

2.—*Atracción del cine. Sus causas.*

Dos son, sobre todo, los documentos que poseemos y que encierran un severo análisis del film: «A la Industria Cinematográfica Italiana» en 21 de Junio de 1955, y «Al Mundo Cinematográfico» en 28 de Octubre del mismo año. Veamos, en ligero esquema, parte de su análisis. La máxima fidelidad en este sentido la obtendremos transcribiendo sus mismas palabras.

En el primero de los documentos expone las características del film ideal. Ante esas cifras fabulosas del número de espectadores, de films, de salones..., el Papa se pregunta:

«¿De dónde saca su fascinación este nuevo arte, que sesenta años después de su primera aparición ha alcanzado el poder casi mágico de atraer a los recintos oscuros de sus salas, no por cierto gratuitamente, a multitudes que se cuenta por miles de millones? ¿Cuál es el secreto del encanto que hace de esas multitudes sus más asiduos clientes? En la respuesta a tales preguntas residen las causas fundamentales de las que se derivan la importancia grande y la extensa popularidad de que goza el cine» (65).

Las fuerzas de atracción del film podrían ser resumidas en dos clases. Unas vienen del elemento técnico. Otras del psicológico.

El arte cinematográfico cuenta con unos medios, unas cualidades técnicas tan perfectas y acabadas que «realizan el prodigio de trasladar a un mundo imaginario al espectador, o, como en el film documental, de hacer pasar ante sus ojos la realidad distante del tiempo y del espacio». Es el cine quien se ha apoderado de la técnica y, por tanto, corresponde a ésta la primacía de origen. La técnica es quien ha hecho posible y también quien ha dado el impulso de evolución al cine.

(64) *Al mundo cinematográfico*, 28-X-55 (IX, 131-132).

(65) *A la industria cinematográfica italiana*, 21-VI-55 (IX, 65).

A parte de esto, y en la misma técnica, tenemos otro elemento de atracción más importante. A saber: «el perfeccionamiento del elemento artístico, que se viene afirmando no sólo por la contribución prestada por autores, escritores y actores, seleccionados con criterios rigurosos, sino gracias también a la viva emulación que se ha creado entre ellos dentro de una mundial competición».

Mas para obtener una valoración exacta de la cinematografía es preciso—en frase del Papa—«volver la atención a la amplia participación que tienen en ella las leyes psicológicas, ya para explicar cómo actúa en los ánimos, ya para aplicarlas conscientemente, a fin de causar una impresión más viva en los espectadores» (66).

La estructura del hecho psíquico es, por tanto, la explicación más profunda de la tremenda atracción del cine. Los guionistas y directores conocen muy bien estos mecanismos y se dedican a prepararlos. El espectador, influido, subyugado por esas corrientes psíquicas, *vive* en la acción, en el actor, con su yo, con sus disposiciones, experiencias y deseos. Su personalidad corre el peligro de ser anulada y su yo es impulsado a aceptar hechos y cosas que en un estado normal rechazaría. Cabría citar los films llamados de «suspense».

«Con razón, pues—dice el Papa—, el extraordinario poder del film encuentra su explicación más profunda en la íntima estructura del hecho psíquico, y el espectáculo es tanto más subyugador cuanto más estimula el film dichos procesos» (67).

Un último elemento, también psicológico, lo señala más adelante: «la interpretación personal y libre del espectador, y cómo prevé el desarrollo futuro de la acción, procurándole en cierta medida el deleite propio de quien crea una situación». También este elemento ha sido aprovechado por directores y guionistas.

3.—Remedios a los males posibles del film. Aspecto negativo.

Asentados ya los principios—técnicos y psicológicos—que regulan la enorme atracción del Séptimo Arte; señaladas ya sus fuerzas íntimas, fuerzas que pueden anular la personalidad, la actividad, el poder de juicio del espectador, se impone una seria vigilancia. ¿De quién?

(66) *Ib.*

(67) *Ib.*, p. 66.

De los poderes públicos primero, ya por medio de la censura civil o eclesiástica, ya creando Comisiones examinadoras. Esta vigilancia se puede extender a la formal prohibición, obstaculización de la producción o presentación de películas de moral deficiente.

No basta el entusiasmo y el celo privado que, como atinadamente advierte el Papa, «muy pronto pueden enfriarse, como lo demuestra la experiencia». La autoridad pública puede y debe intervenir. Y la razón de esto es que el común patrimonio civil y moral del pueblo debe ser salvaguardado y tutelado.

La importancia de la clasificación moral vuelve a destacarla en la «Miranda prorsus», último gran documento dedicado al cine. Habla a los encargados de clasificar moralmente las cintas.

«Recuerden, además, que uno de los fines principales de la clasificación moral es el de ilustrar la opinión pública y el de educarla para que respete y aprecie los valores morales, sin los cuales no podrá existir ni verdadera cultura ni civilización» (68).

Declara, seguidamente, la falta que supone la indulgencia con ciertas cintas que, aun poseyendo valores técnicos y respeto aparente de las buenas costumbres, van contra la moral y la fe. Recuerda a los fieles la obligación grave de informarse sobre los juicios morales.

Una gran responsabilidad—la más fuerte—recae ciertamente sobre los productores y directores. Ellos son los responsables directos del film.

En la campaña contra un cine pernicioso e inmoral es grande, asimismo, la labor que los actores pueden prestar negando su participación en él. Los críticos de cine no deben restringir su crítica a lo meramente artístico. Deben hacer resaltar los valores morales, fustigar cualquier infracción de los mismos. El Papa aplaude, finalmente, el que se adjudiquen premios a cintas de valores morales y elevativos.

4.—*Lo positivo del film. Film Ideal.*

Pío XII escribía al Canónigo Bhoée, fundador de la O. C. I. C. :

«Se impone con más urgencia aún la necesidad de una acción *positiva* y concorde, a fin de hacer del cinematógrafo un instrumento de educación sana».

(68) Enc. *Miranda prorsus*, 8-IX-57 (XI, 142-143).

El cine en sí mismo, intrínsecamente, no es malo. «Medio de suyo nobilísimo», dice Pío XII. Medio de influjo, de transmisión, de transformación y de elevación. Mas el cine es frecuentemente pernicioso. Pero puede ser bueno, y lo es frecuentemente... ¿Qué requiere un film para ser ideal? ¿Es que se da lo ideal? Veamos.

a) *El film y el espectador.*

El film—afirmación rotunda de Pío XII—«no es una simple mercancía sino un alimento intelectual y una escuela de formación espiritual de las masas». El film primordialmente mira al hombre, tiene para con él ciertas relaciones, cuyo cumplimiento le calificarán como «film ideal». Pío XII las señala.

Y la primera de todas y más general ha de ser la exigencia de un profundo «respeto hacia el hombre». Respeto no especulativo, sino, y sobre todo, con interés fraternal, humano. Ni basta sólo esto. Podemos exigirle más.

«Únicamente será ideal el film que afianza y eleva al hombre en la conciencia de su dignidad, que le hace conocer y amar mejor el alto grado en que el Criador le puso en la Naturaleza; que le habla de la posibilidad de acrecentar en sí las dotes de energía y de virtud de que dispone; que le confirma en la persuasión de que puede vencer los obstáculos y evitar resoluciones equivocadas; que puede siempre levantarse de nuevo de sus caídas y volver al buen camino; que puede, en fin, progresar, de bien en mejor, mediante el uso de su libertad y de sus facultades» (69).

Un cine, además, que «al respeto hacia el hombre añada una comprensión afectuosa». La comprensión o adaptación. La vida del hombre se mueve entre virtudes y vicios; sabe de victorias, pero conoce con más frecuencia la derrota. Se mueve, podríamos decir, entre dos polos: orden y desorden. Por otro lado estos problemas que agitan el corazón humano son específicos para cada edad. El «film Ideal» debe mostrar estas cosas *como* conviene a cada uno.

Y si descendemos a los diferentes estratos sociales, aquella comprensión se singulariza más. El film debe situarse «como al lado del espectador para poder ayudarle y animarle si fuere preciso».

El film, asimismo, para ser ideal, debe *satisfacer* los deseos y ansias del que a él acude. No cualquier clase de deseos, claro está.

(69) *A la industria cinematográfica italiana*, 21-VI-55 (IX, 68).

Y no satisfacer de cualquier modo, sino de una forma completa, las ansias y deseos que «el espectador justamente alimenta».

Los que a diario se refugian en las salas oscuras llevan, como si dijéramos, diversas miras o deseos. Unos, cansados física y psíquicamente en las jornadas diarias de trabajo, buscarán un sedante. Tal vez la sensación de huída a mundos fantásticos que los libre de su realidad. Otros, por el contrario, pedirán al cine instrucción, profundidad, enseñanza. Algunos alegría o aliento.

Estas son, por tanto, exigencias del espectador. ¿Son legítimas? ¿Hay un film que sea ideal adaptándose a ellas? La respuesta del Papa parece afirmativa.

«El film debe procurar acomodarse en forma ideal a tal situación, pero evitando caer en la vulgaridad o en indignas sensaciones» (70).

El film, además, no debe defraudar al espectador. El histórico, científico o doctrinal debe proporcionar la enseñanza prometida. El que promete alegría o aliento no debe abrumar a quien ha acudido con esas miras a él.

También el film superficial puede alcanzar formas artísticas elevadas. Y es que el hombre es, no sólo profundidad, sino y también superficialidad. «Necio, sin embargo, es el que únicamente posea superficialidad y no logra profundizar pensamientos y sentimientos».

Mas esta evasión, de que hablábamos, al mundo de los sueños, a lo ilusorio, puede acarrear serios perjuicios para la vida práctica del espectador. Incluso llegar a incapacitarle. Pío XII anima a los autores del film para que imiten a la Naturaleza que sumerge al hombre en el mundo ilusorio de los sueños, le sustrae de la realidad. Mas después del sueño «le restituye reanimado y como renovado a la realidad manifiesta, cotidiana realidad en que vive, y que él, mediante el trabajo y la lucha, debe dominar sin cesar». Ilusión, ensueño, fantasía... Lícita, incluso plausiblemente, puede llevarlo a cabo el cine. Pero que no deje al espectador sumido, perdido en ese mundo. Que, suavemente, sin estridencias, le haga volver a su realidad.

Pero lo que el Papa califica de «alta misión» del film, de «elevada y positiva misión» a cumplir, la expresa al final de su discurso.

«Para su valoración no basta el respeto y la comprensión hacia el espectador, como tampoco el que responda a sus legítimas esperanzas

(70) *Ib.*, p. 69.

y justos deseos. Es necesario, además, que se adapte a las exigencias del deber inherente a la naturaleza de la persona humana y, en particular, del espíritu» (71).

El hombre, entre todos los animales, tiene el fundamental y básico deber de disponer rectamente de sí mismo. Tiene un fin que cumplir. Necesita, por tanto, una norma.

«Pues bien—dice el Santo Padre—: un film ideal tiene precisamente la alta misión de poner aquella gran posibilidad de influjo que hemos reconocido al cinematógrafo al servicio del hombre y ayudarle a mantener y a actuar la afirmación de sí mismo en la senda de la rectitud y del bien» (72).

Esta es la más sublime, la altísima función del cine. Sublime y altísima y, por lo mismo, difícil. No se le escapa al Santo Padre esta apreciación.

«No se nos oculta que para esto se requiere en el director excelentes dotes artísticas, porque todos saben que no es ciertamente difícil producir películas halagadoras, haciéndolas cómplices de los instintos inferiores y de las pasiones que trastornan al hombre, apartándolo de los dictámenes de su inteligencia racional y de su voluntad recta» (73).

Aquí, como en todo, la tentación a seguir caminos trillados y fáciles es grande. Pero si el arte ha de triunfar, si el film ha de ser —conforme a la mente del Papa— «ideal», el cine no debe dejarse en manos de mercaderes sin escrúpulos. Sin perder nada de su ligereza o profundidad, de su fantasía o realidad; sin dejar de un lado el arte y el gozo en ese arte, el film ha de ser tal que el espectador, al final, salga de él «más alegre, más libre y, en su interior, mucho mejor de cuando entró».

b) *El film, mirado desde su objeto. Su "idealidad"*.

Es la segunda consideración del Papa respecto del film: en cuanto a su contenido, su objeto. De ello habló en un segundo discurso «Al Mundo Cinematográfico», 28 de Octubre, 1955.

Sin preocuparnos en este momento mucho del análisis de concepto «ideal», un film lo será en cuanto a su contenido, si cumple en forma

(71) *Ib.*

(72) *Ib.*

(73) *Ib.*

perfecta y armónica las exigencias fundamentales del hombre ; exigencias de verdad, de bondad, de belleza.

¿Qué contenido, qué temas pueden ser utilizados por quien se propone una película ideal? Dejando ahora aparte los films de enseñanza : científicos, lecciones de la Naturaleza, inventos..., en los que el asunto moralmente no presenta mayor dificultad, nos hallamos con las películas de *acción*. Dos principales cuestiones surgen aquí y en las que quisiéramos detenernos brevemente. Pío XII las ha analizado.

Es una, la elección de argumentos religiosos para el film. El Papa no ve inconveniente en que se usen. Un film puede tomar lo religioso como tema central. Es más : una película ideal no debe ignorar nunca el elemento religioso. Muchas son las cintas, dice, en que los hombres viven y mueren como si Dios no existiese. Tales films, aun moralmente irreprochables, pueden resultar espiritualmente dañosos.

Advierte, sin embargo, el Santo Padre la dificultad de imprimir la huella de lo divino en estas realizaciones de tipo religioso. En todos estos casos, aquella vigilancia de que hablábamos se ha de duplicar. Debe evitarse todo rasgo artificioso o amanerado, toda falta contra la verdad, mayormente si se comparan diversas confesiones religiosas entre sí o se traen a la pantalla luchas religiosas históricas.

Pero como todo el cine ni puede ser religioso, ni es conveniente que lo sea—no lo olvidemos—, surge otra cuestión más importante, y a la que hay que dar solución adecuada. Es sobre la aparición del mal moral en la pantalla. ¿Se permite a una película ideal tratar el mal y el escándalo que tanta parte tienen en la vida humana? Veamos cómo se expresa Pío XII :

«Una respuesta negativa a esta pregunta es natural, si la perversidad y el mal se ofrecen como tales ; si el mal representado resulta, al menos de hecho, aprobado ; si está descrito en forma excitante, insidiosa, corruptora ; si se presenta a los que no son capaces de dominarlo y resistirlo» (74).

Esto aparece claro. Mas cuando ninguno de los antedichos elementos se da, sino que el mal sirve de fondo, de telón al bien, a la recta interpretación y comprensión de la vida y sus cosas, Pío XII lo da por perfectamente lícito. Para ilustrar este aspecto habla después de los libros bíblicos donde se narran con viveza y crudo realismo, no

(74) *Al mundo cinematográfico*, 28-X-55 (IX, 134-135).

encubriéndolos con engañosos velos, hechos y caídas pecaminosas ; y que, empero, «hasta aquella porción del mundo contaminada por la culpa está envuelta en un aire de honestidad y de pureza, derramada en ella por quien, aun conservando la fidelidad histórica, no exalta ni justifica, sino evidentemente estimula a condenar la perversidad». Que los autores cinematográficos tomen ejemplo.

«Dejemos, pues—concluye Pío XII—, que también el film ideal pueda representar el mal ; culpa y caída ; pero que lo haga con intenciones serias y con formas convenientes, de modo que su visión ayude a profundizar en el conocimiento de la vida y de los hombres y a mejorar y elevar el espíritu. Huya, pues, el film ideal de toda forma de apología, y más aún de la apoteosis del mal, y demuestre su reprobación en todo el curso de la representación y no sólo al fin, pues podría suceder que llegase tarde, cuando ya el espectador se ha engolosinado y dejado arrastrar por malas excitaciones» (75).

Una última consideración la tiene el Santo Padre para el film con respecto al público o comunidad : familia, Estado e Iglesia. A la familia, como fundamento, manantial y cauce del género humano y del hombre, una mirada de respeto y comprensión.

Ya en 1949, 20 de Septiembre, en discurso a la Unión Internacional de Organizaciones Familiares, el Papa invitaba al cine a ponerse al servicio de la unidad del matrimonio, de la fidelidad conyugal, de la salud de la familia y de la felicidad del hogar. Semejantes exhortaciones abundan en muchos de sus discursos.

Al Estado y a la Iglesia, enalteciendo sus respectivas dignidades sin mezclarse en partidismos, políticos o de cualquier tipo, que no lleven como fin último la exaltación de la verdad o el bien común.

Después de esta visión del pensamiento de Pío XII volvemos a repetir : No. Terminantemente, el cine no tiene la culpa de lo que hemos hecho con él. No es malo en sí. El cine «es un alimento intelectual y una escuela de formación espiritual y moral de las masas». Puede ser un elemento de elevación, de transformación.

Esta ha sido la gran aportación, lo positivo del cine, la mirada pura—visión pura, por tanto, según San Pablo—de este Papa que, como alguien ha dicho, ha sido el católico más moderno ; el que con su postura ha dado elocuentes lecciones a esos católicos—millares de

(75) *Ib.*

católicos—que siguen diciendo un NO a la realidad del cine, que siguen escondiendo la cabeza bajo el ala de la despreocupación o excomulgando actitudes y... personas.

Y positivo—cómo no—en Pío XII fué el interés constante para las obras de Apostolado del cine: la creación de una Comisión Pontificia para estudiar sus problemas; el estímulo permanente dado a la Oficina Católica Internacional del Cine; autorizar en los mayores Festivales de Cine la presencia de eclesiásticos; el estímulo por los «premios católicos», que tanta resonancia han alcanzado en todos los ambientes profesionales del cine; sus «precisas orientaciones» sobre múltiples aspectos del Apostolado cinematográfico:

- a) «Relaciones con la Industria cinematográfica» (1949).
- b) «El crítico cinematográfico cristiano y su público» (1951).
- c) «Educación cinematográfica» (1952).
- d) «El cine en los países de Misiones» (1953).
- e) «Métodos de la clasificación moral de las películas» (1954).
- f) «Difusión e influencia de las clasificaciones morales» (1955).

Y positivo también, lo personalmente positivo, es su presencia augusta llena de dulzura ante las cámaras de cine en el rodaje de películas y documentales.

Debido a esta preocupación personal del Papa por el problema, han ido en retirada ciertas posiciones extremistas de algunos católicos, dándose cuenta de la importancia del film en su aspecto de Apostolado. Nunca podremos olvidar el aporte decisivo de Pío XII al concepto y desarrollo del elemento cine y sus posibilidades apostólicas; a la causa del cine como arte y como expresión de valores sociales.

Mas lo que claramente maravilla es—como decía A. Ruzkowski, en «Film Ideal»—que toda esta positiva orientación nos ha venido de un hombre que por su personalidad, formación intelectual, moral y cultural, debía particularmente sufrir de las imperfecciones del cine. De un lado, esta naturaleza ascética, pura, sublimada intelectualmente, refinada en la apreciación de lo bello; de otro, lo vulgar, primitivo, sensual, que han sido muchas veces las cintas. «El haber distinguido—termina el citado autor—entre estas flaquezas y las posibilidades de elevación espiritual que tiene el cine en sí, supone de parte de esta naturaleza un esfuerzo de inteligencia y de humildad frente a un fenómeno nuevo e inusitado, un esfuerzo que conmueve

y que constituye para cada uno de nosotros un altísimo ejemplo y un tema de profunda meditación» (76).

Esta es—no nos cansaremos de repetirlo—la más alta mirada, la única mirada posible, si queremos que el cine *nos sirva*: lo positivo. Y ésta ha sido precisamente la de Pío XII, ya para todos «el Papa del cine».

IV.—TELEVISION

La Televisión obtuvo durante el pontificado de Pío XII un desarrollo prodigioso en diversos países. El vió cómo, poco a poco, iba creciendo su influencia en extensión e intensidad, llegando a constituir «una etapa importante en la historia de la humanidad».

Desde sus comienzos, su Santidad ha seguido su desarrollo con vivo interés, debido a las grandes posibilidades que encierra y a los peligros inmensos que puede acarrear por los abusos de hombres sin conciencia.

«La Televisión—dice el Papa—goza de muchas prerrogativas propias del cinematógrafo, en cuanto que ofrece un espectáculo palpitante de vida y de movimiento, y aun se sirve no raras veces de películas. Bajo otros aspectos, participa de la naturaleza y de las funciones de la radio, dirigiéndose al espectador, más que en las salas públicas, en el recinto de su propia casa» (77).

De esta sencilla consideración se desprende que las ventajas y las posibilidades o los peligros y abusos se triplican en este medio. La Televisión es, a la vez, cine y radio. El Papa insiste en que se tenga en cuenta lo dicho con respecto al uso de estos medios.

1.—*Inquietudes del Santo Padre por la Televisión.*

En 1955 dirigía un discurso a la Asamblea General de la Unión Europea de Radiodifusión. Después de hablar, en términos científicos y técnicos, sobre la Telecomunicación, decía, respecto a la Televisión:

«La Televisión penetra ya por todas partes y penetrará, cada vez más, en los locales públicos y en la intimidad del hogar, por lo que

(76) Cf. FILM IDEAL: *El Papa del cine*, N.º 7, Abril, 1957.

(77) Enc. *Miranda prorsus*, 8-IX-57 (XI, 146).

es posible a todos gozar de ella con tranquilidad y recogimiento. El bien o el mal que puede hoy y en el futuro nacer de las emisiones de Televisión es, por tanto, incalculable e imprevisible. Por consiguiente, evitad en absoluto que sirva para expandir el error y el mal, y haced de ella, por el contrario, un instrumento de información, de formación, de transformación» (78).

El Santo Padre se preocupa por sus peligros. Escribía a los Obispos de Italia en 1954, e insiste en la «Miranda prorsus» :

«¿Cómo no horrorizarse ante el pensamiento de que mediante la Televisión pueda introducirse dentro de las mismas paredes de casa aquella atmósfera envenenada de materialismo, de necedad y de hedonismo, que con demasiada frecuencia se respira en tantas salas de cine?» (79).

Las preocupaciones de Pío XII son reales. La Televisión amenaza con abrir nuevas llagas en la civilización, en esta civilización donde el mal cine y la mala radio y prensa han abierto profundas heridas.

La Televisión no distingue entre espectáculos para mayores y menores. Se impone, pues, una seria—resignada muchas veces—vigilancia en los padres. Los elementos negativos de la Televisión podrían ir minando poco a poco las conciencias juveniles.

Otro gran peligro—que el Papa señala—de este medio difusorio es la necesidad de disponer de amplia selección de programas. De aquí ha venido el que la Televisión haya tenido que echar mano de toda clase de programas, incluso de los que en un principio estaban destinados a salones públicos. El tiempo de transmisión hay que llenarlo con lo que sea. Esto representa otro peligro, hoy por hoy difícilmente superable.

La solución a todo ello—dice el Papa—«no se puede diferir para más adelante, cuando ya la falta de discreción y de prudencia en el uso de la Televisión haya acarreado daños individuales y sociales, daños que hoy difícilmente podemos valorar». Habla en 1957.

2.—*Orientación constructiva.*

Como en todas las cosas relacionadas con el Apostolado, tenemos al Papa señalando sobre todo a lo positivo. En 14 de Abril de 1949

(78) *A la Asamblea General de la Unión Europea de Radiodifusión*, 21-X-55 (IX, 127).

(79) *Carta al Episcopado italiano sobre la Televisión*, 1-1-54 (VIII, 20).

habla por primera vez de la Televisión, en el Mensaje Pascual a Francia. Después de expresar el gozo íntimo experimentado por este invento, que lleva la persona amada a muchos kilómetros, dice: «De la Televisión, Nos prometemos consecuencias de la más grande importancia para la revelación de la verdad a las inteligencias leales». Es su característica. Pío XII tiene fe en la Televisión y esperanzas. Pío XII no condenó a este medio.

«Papel de la Televisión ha de ser el exaltar la verdadera belleza y todo lo que la civilización humana, y en especial la religión cristiana, han producido y producen de sano y de sublime» (80).

La Televisión también tiene posibilidades—frente al mal—para realizar toda esta excelsa misión que Pío XII la asigna.

a).—*Lo específico de la Televisión.*—La Televisión es cine y radio. Pero también tiene algo específico, muy singularmente suyo.

«Ella, en efecto—dice el Papa—, permite participar audiovisivamente en sucesos lejanos en el mismo momento que se verifican, con una sugestividad que se acerca a la del contacto personal, y con una proximidad que el sentido de intimidad y confianza, propio de la vida de familia, acrecienta» (81).

De este poder casi mágico de la Televisión se seguirá un influjo incalculable en la formación espiritual e intelectual de los miembros del hogar, especialmente por lo que se refiere a los hijos. Pero más aún por lo que puede hacer en pro de la unidad. El espectáculo ofrecido a través del aparato televisivo tiene el poder de congregar en torno a sí los elementos familiares en horas de santa intimidad.

«La Televisión, dada la gran ventaja que tiene de mantener más fácilmente dentro del hogar a grandes y pequeños, puede contribuir a reforzar los lazos de amor y de fidelidad en la familia, pero siempre a condición de que no menoscabe esas mismas virtudes de fidelidad, de pureza y de amor» (82).

Pide el Papa que se aparten los obstáculos de tipo económico y jurídico para que este medio llegue a mayor número de personas.

(80) *Mensaje televisado con motivo de la inauguración de programas de la Red Europea*, 6-VI-54 (VIII, 72).

(81) *Enc. Miranda prorsus*, 8-IX-57 (XI, 147).

(82) *Ib.*

b) *La Televisión, instrumento de comprensión y concordia entre los pueblos.*—Hay además—señala Pío XII con su mirada de Padre universal—otra gran familia: la comunidad de los pueblos, inclinada más y más cada día a borrar fronteras, esas verdaderas barreras ideológicas y de utilitarismos particulares. En esta necesidad, que se va creando a lo largo de la historia, tiene mucho que hacer la Televisión. Porque si del eficaz conocimiento recíproco y mutua comprensión ha de salir la paz—fruto de amor—, nadie mejor que la Televisión puede llenar esta función, presentando la vida real de los pueblos y de las regiones, haciendo vivir a todos los momentos más interesantes de cada nación, difundiendo los tesoros de cultura y bellezas naturales.

«No es difícil prever hasta qué punto este conocimiento profundo conducirá a los hombres a considerarse cada vez menos extraños y menos indiferentes unos a otros. Aprenderán a alegrarse con los que se alegran, y a sufrir con los que sufren. Les será más fácil sentirse miembros de una sola gran familia: la de Dios» (83).

Así se expresa Pío XII en el Discurso a la Asamblea de la U.E.R. Si esto es observado por quienes tienen poder sobre este medio, pronto se llegará a la caída de prejuicios y, en su lugar, se levantará la mutua confianza y se suscitará una nueva ambición: la de contribuir a la comunidad mundial para el bien común.

c) Otra función, si no específica, sí, desde luego, propia, es el *auxilio que este medio puede prestar a la enseñanza.* El Santo Padre lo señala. Muy a menudo hay falta de medios que contribuyan a hacer la clase más eficaz y atrayente. Sobre todo por lo que se refiere a aparatos y demás material científico que la investigación cada día va llevando a la perfección. Las artes y la historia encontrarían indudable eficacia, pudiendo presentarse a los alumnos las maravillas de las ciudades, las obras maestras de arquitectura y pintura; y, para la historia, presentando los lugares que fueron escenarios de importantes acontecimientos.

«Y es aquí donde la Televisión, con la ayuda de programas bien ordenados, conforme con la orientación escolar general, puede ofrecer

(83) *A la Asamblea General de la Unión Europea de Radiodifusión, 21-X-55 (IX, 127).*

emisiones de naturaleza científica en el campo de la biología, de la química, de la física, de la geografía; sus demostraciones y sus experiencias hacen más clara la idea que el profesor quiere exponer y más comprensible el funcionamiento de la máquina que trata de explicar» (84).

Es, pues, otro campo—el de la enseñanza—el que el Papa encomienda a la Televisión.

d) *La Televisión, instrumento privilegiado de exploración humana.*—La Televisión se preocupa de recoger las manifestaciones más interesantes de la vida humana en el mismo momento en que éstas se producen. Y esto no sólo por lo que se refiere a actividades deportivas, artísticas o a los diversos aspectos de la ciencia y de la técnica, sino también a los acontecimientos sociales más dispares.

Por otra parte, la Televisión capta la realidad en sus detalles más mínimos, mejor aún que lo pueda hacer el objetivo cinematográfico. Y esto porque, siendo necesariamente reducidas las dimensiones de la pantalla receptora, la Televisión prefiere los primeros y primerísimos planos. Con ello puede ahondar más en el conocimiento de la psicología individual, en un conocimiento eficaz del hombre.

«La Televisión puede, por tanto, lanzar una mirada curiosa hacia todas las cosas y meterse en el corazón de los acontecimientos. Por lo que se convierte en instrumento privilegiado de exploración humana, en medio eficaz para poner a los hombres en contacto unos con otros y para revelarles del modo más rápido y seguro, y con una fuerza insospechada de penetración, las innumerables formas de la vida contemporánea» (85).

e) *La Televisión, instrumento de participación en la vida religiosa.*—El Papa señala, finalmente, otra gran posibilidad a este medio: reflejar en la pantalla algo de los «sentimientos que trascienden los límites del mundo material» y que una parte de la sociedad abraza.

El público desea ver en la Televisión algunas de las ideas más altas de fraternidad, de justicia y paz. Desea asomarse a ese mundo en el que palpita Dios: Iglesia, Santa Misa, Sacramentos... Muchas veces el único medio posible lo encuentra en transmisiones religiosas de este tipo. Mucho es lo que puede la Televisión en este sentido.

(84) *Ib.*

(85) *Mensaje televisado con motivo de la inauguración de programas de la Rel Europea, 6-VI-54 (VIII, 72).*

Existe, además, el mundo de los enfermos, el de los hospitales y el de las prisiones. La palabra y la imagen de Dios puede penetrar, gracias a este medio, en todos esos lugares y llevarles un rayo de esperanza y de aliento.

«Pensamos particularmente en aquellos de entre vosotros confinados en los propios lugares por debilidad o enfermedad y que aspirarían al consuelo y al alivio—del que tienen más necesidad que otros—de estar presentes en espíritu en las ceremonias religiosas y unir sus plegarias a las de la Iglesia. De ahora en adelante, la Televisión, mejor que la Radio, los llevará al Santuario» (86).

Esto—como advierte el Papa—, aunque no sustituya la presencia física en los ritos religiosos, ayudará, no obstante, a entrar en el espíritu de la Madre Iglesia a través de la admiración y respeto que rodea estas ceremonias; a participar en la plegaria que se alza desde todos los corazones con fe.

3.—Remedios a los posibles males y peligros de la Televisión.

Todas las indicaciones hechas en este sentido con respecto a Radio y Cine, encajan en este medio. No es menester repetir las. Pero así como la Televisión, hemos dicho, tiene algo muy específicamente suyo, del mismo modo los problemas que plantea en el orden moral, en el social, son especiales. Los remedios han de ser también adecuados.

La Televisión se puede usar para el mal. Esto es claro. Ya hemos señalado en el primer apartado algunos de aquellos males o peligros. Entre los cuales no es el menor las preocupaciones comerciales que inducen con frecuencia a los productores a echar mano de lo que halaga los bajos instintos del público con menoscabo de la personalidad. Los compromisos contraídos con los espectadores, que obliga a darles lo que exijan o, al menos, llenar el tiempo destinado a la transmisión. Copiamos de la «*Miranda prorsus*» :

«La santidad de la familia no puede ser objeto de compromisos y la Iglesia no se cansará, como con todo derecho y deber le compete, de trabajar con todas sus fuerzas para que este santuario no sea profanado por el mal uso de la Televisión» (87).

(86) *Ib.*

(87) *Enc. Miranda prorsus*, 8-IX-57 (XI, 147).

Urgen, pues, soluciones. El problema está enmarcado en los estudios televisivos, no en la casa donde se escucha y ve.

En primer lugar, recomienda Pío XII, se requiere una excelente preparación de programas dignos que sustituyan a los inmorales. «Será, ante todo, necesario realizar un esfuerzo intenso para preparar programas que correspondan a las exigencias morales, psicológicas y técnicas de la Televisión». Para esto será necesario la unión, la colaboración de los hombres católicos de cultura y de arte y de los sacerdotes. El Papa invita a los sacerdotes a «darse cuenta de esa nueva técnica». Esto es por demás significativo.

La segunda llamada del Santo Padre es para los responsables de estos programas. Que vigilen cuidadosamente las transmisiones y respeten los principios morales. Y también, que tengan en cuenta la indistinción de los públicos que les escuchan y ven.

Pero toda esta buena voluntad y la honrada actividad profesional de quien transmite no son suficientes. La experiencia cotidiana nos enseña mucho sobre esto. Resta un ulterior peligro cuya solución se la encomienda, al espectador, en un caso, y a los padres en otro.

Veamos. Existen transmisiones—o pueden darse—peligrosas específicamente. En éstas—dice el Papa—«es insustituible la prudente vigilancia del espectador», el moderar el uso del aparato. Es evidente. Pero hay otros programas que, aun no malos en sí, son inconvenientes para los jóvenes y especialmente para los niños. Y aquí llega la «cuidadosa vigilancia» de los padres, «la discreta admisión de los hijos, según la edad, a los programas».

«La formación de su carácter y de su criterio recto sobre los espectáculos que han visto y, finalmente, el apartarlos de programas no aptos para ellos, pesa como un grave deber sobre la conciencia de los padres y de los educadores» (88).

Y esto no es fácil. El Papa mismo, a renglón seguido, lo dice. Se podrá llegar a verdaderas tragedias de hogar, a crear situaciones difíciles... El interés que la Televisión pueda tener para los padres habrá de supeditarse entonces a las conveniencias—en el mejor sentido—de los hijos, no a los gustos de éstos y de los padres.

«El buen sentido pedagógico—recomienda Pío XII—exigirá frecuentemente a los padres dar ejemplo aun con el sacrificio personal

(88) *Ib.*

de renunciar a determinados programas. Pero ¿será acaso pedir demasiado que los padres se sacrifiquen cuando esté en juego el bien supremo de los hijos?» (89).

El Papa termina—en la «Miranda prorsus»—esta parte esencial destinada a la Televisión, con una exhortación a los sacerdotes y demás hombres católicos de cultura.

«Habrà de ser, por consiguiente, más que nunca necesario y urgente—como escribíamos a los Obispos de Italia—formar en los fieles una conciencia recta de sus deberes de cristianos en el uso de la Televisión, para que ésta no se preste a la difusión del error o del mal, sino que llegue a ser un instrumento de información, de formación y de transformación» (90).

Como en el Cine, Radio y demás, el Papa estaba atento a cada uno de los movimientos que dichas técnicas pudieran tomar. Su interés personal es idéntico al prestado a otros medios. Son muchos sus mensajes televisados y sus orientaciones con respecto a la Televisión. En multitud de ocasiones ha recibido en audiencia a representantes técnicos de este nuevo invento—como recuerda él mismo en la «Miranda prorsus»—«para expresarles nuestra admiración por la técnica y por el arte que cultivan, recordarles su responsabilidad, elogiar sus méritos y prevenirles los peligros, indicando los altos ideales que deben iluminar su mente y guiar su voluntad».

Esta es, en esquema, la actitud de Pío XII frente a este medio tan importante como inusitado hasta ahora. De nuevo resalta su solución positiva.

FR. FLORENCIO MUÑOZ, O. P.

(89) *Ib.*, p. 148.

(90) *Ib.*